

con echar una grave reprension al jóven. <sup>1</sup> No se sabe si aquella admonicion produjo en lo futuro saludables efectos. Sin embargo, cuentan que cuando creció, tomó participacion activa en las guerras de su patria, y que apenas tenia 17 años, cuando ya habia ganado las insignias debidas á un capitán valiente y victorioso. <sup>2</sup>

Después de la muerte de su padre disputó la corona con su hermano mayor Cacamac. El país estaba amenazado de una guerra civil; pero quedó arreglada la contienda, mediante la cesion que le hizo su hermano de los territorios que se estienden entre las montañas. Cuando vinieron los españoles, el jóven capitán que entonces apenas tenia 20 años, les hizo grandes demostraciones de aprecio, llevado tal vez del odio que tenia á Moteuczoma por haber apoyado las pretensiones de su hermano Cacamac. Pero sin embargo, hasta que no subió al señorío de

<sup>1</sup> Conque el rey no supo con qué ocasion poderle castigar, porque le parecieron sus razones tan vivas y fundadas que su parte no habia hecho cosa indebida ni vileza para ser castigado; mas tan solo una ferocidad de ánimo, pronóstico de lo mucho que habia de venir á saber por las armas; y así el rey le dijo que se fuera á la mano." Ixtlixochilt, Hist. Chich., MS., cap. 69.

<sup>2</sup> Entre otras anécdotas que se refieren para probar la precocidad del niño, una de ellas es que echó á su nodriza en un pozo de donde estaba sacando agua, por castigarle de ciertas faltas de buena conducta que él habia presenciado. Me escuso de referir todas las pruebas de precoz desarrollo, porque es probable que el lector no tenga tanta fé en las maravillas como el historiador tezcocano,

Tetzoco, no mostró toda la buena voluntad que le tenia. <sup>1</sup> Desde aquel momento se convirtió en amigo íntimo de los blancos y les ayudó no solo con su personal autoridad sino con sus ejércitos y recursos, los que aunque habian decaido del auge á que llegaron en tiempo de su padre, eran todavía bastantes considerables y le hacian un aliado de consideracion. Sus importantes servicios los han consignado agradecidos todos los historiadores españoles, y la posteridad no le defraudará ciertamente la porcion de gloria, triste por cierto, que le cupo en haber sido el señor de Anáhuac que mas eficazmente ayudó á los blancos á remachar el yugo de sus compatriotas indígenas.

Los dos ejes en que principalmente descansa la historia de la conquista, son las crónicas de Gomara y Bernal Diaz, dos hombres que distan tanto el uno del otro, como el cortesano y culto eclesiástico puede distar del rudo é inculto soldado.

El primero, Francisco López de Gomara, era oriundo de Sevilla. Cuando volvió Cortés á España después de la conquista, fué su capellan; y después de la muerte del conquistador siguió en el mismo empleo con su hijo el segundo marqués del Valle. Entonces escribió su crónica, por donde se puede conjeturar que no debe de ser severamente imparcial, y en efecto, semejante sospecha se encuentra con-

Véanse las páginas anteriores.

firmada, porque la historia de la conquista es necesariamente la de un héroe; pero Gomara para realzar el carácter de Cortés, ha oscurecido el de sus valientes compañeros de armas; y el mismo empeño que tiene por ocultar las debilidades de su héroe, tiene por ponderar sus proezas. Su posición puede excusar hasta cierto punto esta parcialidad; pero no fué bastante á vindicarlo á los ojos de Las-Casas, quion rara vez concluye un capítulo de su obra sin castigar duramente á Gomara, llegando hasta el extremo de acusarlo de falsedad manifiesta, y decir que no tenía ojos ni oídos mas que para ver y escuchar lo que á su general le placía de dictarle. Que esto no es literalmente exacto, lo prueba el simple hecho de haber sido escrita la crónica despues de la muerte de Cortés. Por el contrario, los informes de Gomara dimanaban no solo de su patrono, sino de otras fuentes igualmente puras, pues trató con los principales actores de aquel gran drama.

Los materiales que habia reunido de esta suerte, los dispuso en un orden que raros escritores de aquel tiempo acostumbraban. En vez de ser vago é incoherente su estilo, es elegante é igualmente claro y conciso. Si alguna vez sucede que los hechos están de tal modo aglomerados que el espíritu no puede discernirlos fácilmente ni tienen holgura para meditarlos, sin embargo, todos ellos tienden á un solo punto, y la narración en vez de arrastrarse lenta-

mente hasta agotar nuestra paciencia, por el contrario, prosigue sin interrupción. En una palabra, la obra por lo que hace á la ejecución no solo es superior á la mayor parte de las de su tiempo, sino que bien pudiera aspirar al título de clásica.

Debido á estas prendas fué general el acogimiento y rápida la circulación que tuvo la historia de Gomara; y mientras que dormían manuscritas muchas cartas de Cortés, y las mejores composiciones de Oviedo y Las-Casas, los escritos de Gomara eran impresos y reimpresos todos los días, y traducidos en varias lenguas europeas. La primera edición de *la Crónica de la Nueva-España*, apareció en Medina, en 1553; y fué reimpresa en Antuerpia el año siguiente. Despues fué incorporada en la colección de Barcia, y finalmente, en 1826, la reprodujeron mas acá de los mares, las prensas mexicanas.

Las circunstancias que acompañaron á esta última edición son curiosas. El gobierno mexicano señaló una pequeña suma para costear la traducción de lo que se suponía ser un manuscrito original de Chimalpain, escritor indio que floreció á fines del siglo XVI. El desempeño de la traducción se confió al laborioso Bustamante; pero este literato todavía no habia adelantado mucho en su tarea, cuando averiguó que el pretendido manuscrito no era mas que la traducción en lengua azteca, de la Crónica de Gomara. No obstante esto, Bustamante continuó sus

tareas hasta dar al público una edición americana de Gomara. Otro hecho aun mas notable es que el editor mexicano al referirse en otras de sus obras, á la de que vamos hablando, la llama constantemente la crónica de Chimalpain.

La otra autoridad á que me he referido es Bernal Diaz del Castillo, natural de Medina del Campo, en Castilla la Vieja. Nació de una pobre y oscura familia, y en 1514 vino al Nuevo Mundo en busca de buena fortuna. Se embarcó en clase de soldado raso, á las órdenes de Córdoba, en la primera expedición á Yucatán: acompañó á Grijalva en la que hizo á este mismo país, y finalmente se alistó bajo las banderas de Cortés. Acompañó á su victorioso caudillo en su primera marcha por la mesa, bajó con él á la costa cuando atacó á Narvaez, estuvo presente en la catástrofe de la noche triste, y finalmente, asistió al sitio y toma de la capital; en una palabra, apenas hubo en toda la campaña un suceso importante en que no tuviese parte. Encontróse en ciento y diez y nueve batallas ó encuentros, en muchas de las cuales quedó herido y en que mas de una vez escapó milagrosamente de caer en manos del enemigo. Siempre mostró Bernal Diaz el valor de un castellano viejo y una lealtad purísima que le hizo oponerse siempre á los mouines que tan frecuentemente turbaron la armonía del ejército. Constantemente fué fiel á su general y á su bandera; constan-

do esta fidelidad no solo por su propio dicho, sino por las recomendaciones del general, quien á causa de esta cualidad le encomendó comisiones de confianza y respetabilidad, que proporcionaron al futuro cronista la oportunidad de informarse auténticamente sobre todo lo respectivo á la conquista.

Cuando se consolidó el país, tocó á Bernal Diaz su *repartimiento* de tierras y colonos; pero no quedó contento, y frecuentemente murmura del egoismo del general, que procuró aumentar su parte, á espensas de la de sus compañeros: repartir despojos es siempre una odiosa tarea. Diaz estaba de tal modo habituado á una vida activa y peligrosa, que no se contentó con la ociosa é indolente seguridad á que se vió condenado; por lo que tomó parte en las expediciones de los oficiales de Cortés y acompañó á este capitán en su terrible escursión por los bosques de Honduras.

Por fin en 1568 vemos al veterano establecido de rigor en la ciudad de Quauhtémallan, pacíficamente ocupado en referir las valerosas proezas de su juventud. Habian pasado cincuenta años desde la conquista á aquella fecha: y habia sobrevivido á su general y casi á todos sus compañeros. Únicamente cinco quedaban del puñado de valientes que acompañó á Cortés desde Cuba; y los cinco, para usar de las palabras del anciano cronista, "estaban pobres, viejos y achacosos, cargados de hijos y nietos que

mantener y careciendo de los medios de hacerlo, y terminando su vida como la habian empezado, en medio de trabajos y miserias." Tal era la suerte de los conquistadores del opulento México.

El motivo que impulsó á Bernal Diaz á tomar la pluma en una edad tan avanzada, fué el deseo de vindicar para sí mismo y para sus compañeros la parte de la fama que de derecho les pertenecía, y que hasta entonces les habia sido defraudada por enzalzar el mérito del general; principalmente en los escritos de Gomara. Sin embargo, él no tuvo noticia de la crónica de éste, sino despues de comenzada la suya; por manera que al ver el contraste que formaban su estilo familiar y desaliñado, y el culto y castigado de su predecesor, se disgustó tanto, que se vió tentado de dejar la pluma. Pero cuando leyó la crónica y vió sus groseras equivocaciones y lo que él, Diaz, llamaba la injusticia de su rival, continuó sus tareas y determinó dar á luz una narracion que tuviese por lo menos el mérito de la fidelidad, Tal fué el origen de la *Historia verdadera de la Conquista de la Nueva-España*,

Debemos confesar que el historiador logró su objeto. Al recorrer sus páginas se conoce luego, que sean cuales fueren los errores en que incurra, ya por olvido de cosas tan antiguas, ya por desmesurada vanidad, ya por credulidad ó por cualquiera otro motivo, no hay mala intencion de disfigurar la

verdad; y aun cuando tal intencion hubiese tenido, su misma sencillez lo habria vendido. Aun con respecto á Cortés, si bien procuró equilibrar la balanza entre el mérito de él y de sus compañeros, y si bien condena libremente la codicia y aun la crueldad del general; hace justicia plena á sus grandes y heróicas cualidades, y no obstante sus defectos, le considera superior á todos los capitanes de los tiempos antiguos y modernos. Aun cuando se queja de él, protesta su lealtad y su afecto personal hácia el general. Si le calumnian ó le insultan indignamente, salta al momento en su defensa. En una palabra, por mucho que él censure á Cortés, no permite que nadie haga otro tanto.

Bernal Diaz, el rudo hijo de la naturaleza, es fiel y esacto copista de ella. Si me es lícito espresarme así, trasladó á las páginas de su historia las escenas de la vida, por medio de procedimientos "daguerreotípicos:" es entre los historiadores lo que Defoe entre los novelistas. Nos lleva enmedio de los campamentos; nos hace velar con los soldados en el vivaque; nos hace acompañarles en sus penosas marchas; escuchar sus cuentos, sus quejas de descontento, sus planes de conquista; saber sus esperanzas, sus triunfos y sus desengaños: en las páginas de Bernal Diaz se reflejan como un espejo todas las escenas pintorescas y acontecimientos romancescos de la campaña. El trascurso de cincuenta años

no habia hecho mella en las facultades mentales del viejo veterano, pues que á cada línea resalta el fuego de la juventud, y al recordar lo pasado parece que la memoria de los valientes compañeros que fueron y no son, dá á sus descripciones un colorido mas animado que si hubiesen sido escritas en una edad mas temprana de la vida. El tiempo, la reflexión y la tranquilidad acerca de lo futuro, hacian que sus ideas juveniles estuviesen ya consolidadas. No tenia dudas en cuanto á los derechos de la conquista, ni en cuanto á lo merecido de las penas impuestas á los infieles. El no es mas que soldado de la cruz, y los que murieron á su lado, los reputa por mártires de la fé. "¿Dónde están mis amigos?" pregunta: "han caido en el campo de batalla, ó han sido devorados por los caníbales, ó han servido de pasto á fieras encerradas en jaulas. Sus restos debieran haber sido guardados bajo de mármoles donde estuviesen inscriptas sus proezas: sus nombres debieran perpetuarse en letras de oro, porque murieron en el servicio de su Dios y de su Rey y por dar luz á los que vivian en las tinieblas de la infidelidad y tambien por adquirir las riquezas que la mayor parte de los hombres codician." Este último motivo del cual habla rara vez y por incidente, es de presumir que impulsaba á los conquistadores, con mas fuerza que los dos primeros. Bernal Diaz nos ofrece en su Historia una muestra de ese candor que hace

tan encantadoras las crónicas antiguas y que sin conocerlo el historiador, descubre su pecho y lo pone enteramente abierto á la vista del lector.

Parecerá cosa extraordinaria que despues de tanto tiempo aun haya conservado fresco el recuerdo de los pasados acontecimientos; pero debemos considerar que eran tan romancescos y raros, que debian hacer una impresion muy profunda en una imaginacion jóven y ardiente. Probablemente los habria oido y contado mil veces á sus parientes y amigos, por manera que le serian tan familiares como el sitio de Troya al rapsodista griego, ó como las interminables aventuras de Sir Lancelot y de Sir Gawain, al menestral normando. Disponer esta narracion en forma de historia, no era, pues, mas que repetirla de una manera nueva.

El mérito literario de la obra es muy escaso, como es de esperar atendida la clase del escritor. Este no tiene arte ni siquiera para disimular su vanidad que rebosa de un modo ridículo á cada página de su obra.

Sin embargo, se le puede perdonar al ver que en vez de despreciar el mérito ajeno, lo reconoce y alaba, y que su vanidad es mas bien efecto de su excesivo candor. Por otra parte, él confiesa francamente este defecto, si bien lo escusa. "Cuando acabé de escribir mi historia," dice, "la entregué á dos licenciados que tenían mucha curiosidad de leerla y

á los cuales respetaba yo tanto como un hombre rudo é ignorante debe respetar á dos literatos. Al mismo tiempo les rogué que no hiciesen ninguna alteracion en el manuscrito, pues todo lo que allí se hallaba estaba escrito de buena fé. Luego que leyeron mi historia ponderaron lo maravilloso de mi memoria, dijéronme que estaba escrita en buen castellano antiguo; pero sin ninguna de las flores ni adornos que tanto acostumbraban nuestros buenos escritores. Al mismo tiempo me advirtieron que mi obra seria mucho mejor si no hubiese yo tomado por mi cuenta, sino que hubiese dejado á otros el cuidado de alabarme á mí mismo y de alabar á mis compañeros; á lo que les contesté que era comun y corriente que los vecinos y compañeros se alabasen los unos á los otros, y que si no hablábamos bien de nosotros ¡quién habia de hacerlo! Demas que nadie habia presenciado nuestras batallas y nuestras proezas, sino eran las nubes del cielo y las aves que volaban por sobre nuestras cabezas."

No obstante los elogios de los licenciados en lo tocante al buen estilo, este es demasiado pedestre, abunda en barbarismos y á veces está sazonado con chistes propios de un cuartel; sin embargo, tienen el mérito de espresar muy claramente los pensamientos del autor y de ser muy acomodado á la sencillez de su carácter. La obra está dispuesta con menos cuidado y esmero que el ordinario entre las de

su género, y abunda en esas repeticiones y digresiones que acostumbran los hombres vulgares al contar sus cosas. Pero es inútil criticar segun las reglas del arte á un escritor que las ignoraba completamente, y mas atendiendo por otra parte á que sus obras serán leídas y releídas por los literatos y estudiosos á pesar de los defectos de que adolece, mientras que las composiciones de escritores mas clásicos dormirán tranquilamente.

¿En qué consiste, entonces, el encanto de la Historia de Bernal Diaz? En el espíritu de verdad que la anima; en que nos presenta las situaciones tales cuales eran, y los sentimientos tales cuales existian en el corazon del escritor. Este es el mérito de su Historia; mérito que frecuentemente tienen las obras de los que siendo ignorantes se cuidan tan solo de referir los sucesos, y de que carecen las de esos consumados y fastidiosos literatos que solo piensan en el modo de espresarse.

Una mera contingencia hizo que esta preciosa crónica saliese del olvido en que habian caido en la península tantas otras de mas alto mérito. Por mas de sesenta años estuvo sepultada en una librería privada, hasta que llegó á manos de Fray Alonso Remon,

Cronista General de la Orden de la Merced, quien tuvo la sagacidad de descubrir bajo el toco exterior de la obra, su grande importancia para ilustrar la historia de la conquista. Este monge, alcanzó licencia para imprimir dicha crónica, y bajo sus auspicios se la publicó en Madrid, en 1632; cuya edicion es la que he consultado para mi obra.

## LIBRO V.

### SITIO Y RENDICION DE MEXICO.

#### CAPITULO I.

DISPOSICIONES TOMADAS EN TETZCOCO.—SAQUEO DE IXTAPALAPAN.—VENTAJAS QUE LOGRAN LOS ESPAÑOLES.—SABIA POLITICA DE CORTES.—TRASLACION DE LOS BERGANTINES.

(1521.)

PROBABLEMENTE Tetzcoco era la mejor posicion que Cortés podia elegir para establecer su cuartel principal, atendiendo á su comodidad para alojar y mantener un fuerte ejército, y á que allí habia todos los artesanos y operarios de que se podia necesitar.<sup>1</sup> Lindaba por un lado con Tlaxcallan, la re-

<sup>1</sup> “Y asimismo hizo juntar todos los bastimentos que fueron necesarios para sustentar el ejército y guarniciones de gente que andaba en favor de Cortés, y así hizo traer á la ciudad